

ALTAR Y TRONO.

REVISTA HISPANO-AMERICANA,

REDACTADA POR LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES CATÓLICO-MONÁRQUICOS,

Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDÓSOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.

SUMARIO.

El Catolicismo liberal, por D. A. J. de Vildósola.—La Iglesia apostólica, por Fr. Luis Godínez.—La Cuestion de archivos en España, por D. Vicente de la Fuente.—Virginia, ó Roma en tiempos de Neron; novela escrita en francés por Villefranche, y traducida por D. Francisco Melgar (continuacion).—Crónica del Concilio.—Revista de la semana.—Correspondencia extranjera.—Con este número se reparten ademas los pliegos 7.º y 8.º (32 páginas) de la obra escrita en francés por E. Lasserre, y traducida por D. V. Gomez, titulada *Las Serpientes*.

EL CATOLICISMO LIBERAL.

I.

El P. Jacinto, el carmelita descalzo que en estos últimos seis años ocupaba el púlpito de la catedral de Nuestra Señora de Paris durante el Adviento; que en ese mismo espacio de tiempo ha figurado como orador en Asambleas y Congresos mas que profanos; redactor tambien de *Le Correspondant*, Revista liberal que se llama *católica*, y de *Le Français*, periódico galicano que se dice sumiso respecto de Roma; corresponsal, por último, de todos los periódicos piemonteses que no reniegan de la Cruz, aplaudiendo las violencias, las infamias, las traiciones con que se ha formado el flamante reino; el P. Jacinto, decimos, arroja el hábito, sale del convento, tiene que abandonar el púlpito de Nuestra Señora, y se ve abandonado por las Revistas y periódicos en que colaboraba. De todo esto se ha tenido conocimiento, y todo esto ha resultado por una carta que el P. Jacinto ha dirigido á su superior de Roma, por conducto de un periódico de Paris, protestante por mas señas; y esa carta, convertida, como ahora se dice, en un acontecimiento, es hoy objeto y materia de los comentarios y de las reflexiones de toda la prensa europea.

El P. Jacinto sale de su convento y arroja su hábito, porque aspira á gozar de «la libertad de su alma, que se halla oprimida dentro de ciertas doctrinas que se llaman *romanas*, pero que no son cristianas;» el P. Jacinto protesta ya hoy contra la opresion que sufre su alma para ante el próximo Concilio; pero llevando su protesta mas lejos, protesta tambien contra el próximo Concilio, del que teme ser á su vez oprimido, para con otro Concilio que «represente verdaderamente en su libertad la soberanía de la Iglesia;» y protesta, en fin, ante Jesucristo, su Señor y su Maestro. Todos los periódicos católicos y legitimistas señalan á una voz la soberbia, la injusticia, la falsedad y la contradiccion de las declaraciones del ex-fraile; todas las Revistas y periódicos que pretenden honrar su liberalismo llamándose *católicos*, y que, al parecer, se encontrarían injuriados si se les llamara ca-

tólicos sin añadir el apéndice de *liberales*, se apesadumbran al tener que condenar, como han condenado, á su jefe y amigo; y todos los periódicos revolucionarios, en todos sus matices, se presentan llenos de júbilo, aplaudiendo á quien solo falta, segun se lo dicen, para contarle entre los suyos, que salga de la Iglesia como ha salido del convento, y que arroje la sotana como ha arrojado el hábito.

No creemos que debe tenerse en cuenta la personalidad del P. Jacinto; su importancia se ha exagerado tanto como su talento y su elocuencia: y aun cuando tuviera toda la importancia que se ha querido darle y todo el talento y elocuencia que en él se han supuesto, lo que acaba de hacer, si fuera un acto que se concretara á su persona, no tendria, ni otra significacion, ni mas significacion, que la de una caida mas en el largo catálogo de las que ha producido el orgullo entre los hombres de mas mérito y de prendas mas relevantes. Pero el P. Jacinto era, si ya no es, uno de los jefes de una escuela en la que todos son jefes, de donde ha venido su importancia; el P. Jacinto caracterizaba mejor que sus amigos á toda su escuela, y nada puede ser mas instructivo que el estudio de esa escuela y el conocimiento de lo que es y de lo que quiere en las circunstancias en que se encuentra el mundo, y cuando tocamos ya á la celebracion del Concilio.

II.

En realidad de verdad, el fundador, el jefe de la escuela católico-liberal fue Lamennais, en los últimos tiempos de su ortodoxia, y poco antes de que, pasando de un extremo á otro, fuera condenado por la Santa Sede y se sublevara contra su justa sentencia. Lo que fue su jefe y fundador dice lo que es la escuela, y nada en verdad hay menos sorprendente que lo que acabamos de ver en el P. Jacinto y lo que vimos en el P. Passaglia, despues del ejemplo de Lamennais. El vicio de escuela responde siempre al vicio del adepto, pues que al cabo los hombres forman las escuelas; y no puede ser mas viva la luz que brota del exámen comparado de los principios de la escuela y de los caracteres de los adeptos.

La escuela católico-liberal representa la transaccion en lo que no admite transacciones, y la intransigencia en lo que exige, por todos títulos, la mayor caridad; no busca el triunfo de principios, porque no tiene ninguno fijo; pero corre tras un ideal que la dé el primer puesto en la organizacion de las sociedades y en la gobernacion de los Estados. Del mismo modo, en los adeptos de la es-

cuela aparece visiblemente, por una parte, la tolerancia llevada al último límite respecto de los que debían ser adversarios declarados, y, por otra, la intransigencia mas absoluta para con los que debían ser sus íntimos amigos y constantes aliados, y buscan un estado social, un sistema político en el que á ellos les sea dado, desde el Sinaí de la tribuna ó de la prensa, señalar el derrotero de los pueblos y distribuirles la vida moral é intelectual con el maná de sus palabras.

Nada exageramos, y no hemos hecho otra cosa que dar la fórmula de lo que todos estamos presenciando. La escuela católico-liberal pretende que la enseñanza, que los principios inflexibles de la Iglesia se acomoden á las exigencias de las ideas modernas; y al mismo tiempo que con las escuelas fundadas sobre esos principios se manifiesta tanto mas blanda cuanto menos correspondencia encuentra en ellas, con los hombres cuya doctrina en suma es la suya, y á quienes llama *hermanos*, al oponerse á sus concesiones, se muestra colérica y furiosa hasta no mas. Así, el liberalismo, sin escepcion, comenzando por el de los moderados del *Diario de los Debates*, solo merece y solo obtiene consideraciones de los católico-liberales, mientras lo que ellos llaman *el ultramontanismo* les merece tal odio, que no temen descender hasta emplear los últimos improperios para denigrarle; así, para Montalembert, por ejemplo, no solo Guizot y Thiers, sino los hombres de *Le Siècle* y aun de *Le Rappel*, tienen títulos al aprecio y al respeto hácia sus personas y sus opiniones; en tanto que Veillot y los hombres de *Le Monde* no merecen por ningun concepto ninguna especie de consideracion, siendo execrados en las personas y las doctrinas.

Estos son hechos; hechos que nadie puede negar; pero estos hechos tienden á un objeto y tienen una esplicacion.

III.

La escuela católico-liberal no puede transigir, no transigirá nunca con lo que ella llama el *ultramontanismo* y los que ella califica de *ultramontanos* con una intencion que desde luego la condena. El ultramontanismo es pura y simplemente el catolicismo; los ultramontanos no son ni mas ni menos que los católicos que no interpretan ni discuten, sino que obedecen y acatan las decisiones de Roma, y de aquí el furor de una escuela que sabe harto bien que nada puede esperar del catolicismo y de los católicos en cuanto á las transacciones y compromisos en que ella libra su porvenir, y que constituyen el fondo de su doctrina.

Oigamos hablar á los católico-liberales; sus palabras esplanarán lo que hemos dicho, y nos darán la esplicacion que buscamos.

«El mundo marcha, y es preciso que la Iglesia no permanezca estacionada, si ha de guiar y dirigir á las sociedades. No pretendemos nosotros que la Iglesia rechace ni deje en el olvido ninguno de sus dogmas, que nosotros acatamos como el que mas; pero ¿es hoy necesario declarar dogmas nuevos de modo que estos y los otros se discutan, porque la discusion es hoy el alma de todos? No negamos nosotros tampoco los milagros que se encuentran en la historia de la Iglesia, y sobre todo en la evangélica; nuestra fe es viva y cree en ellos; pero si la corriente del siglo es contraria á todo lo que la razon no

esplica satisfactoriamente, ¿á qué hablar de nuevos milagros, que son otras tantas armas en manos de los incrédulos, y que no producen otro efecto que el de excitar la duda, producir la risa y provocar el sarcasmo? La Iglesia no puede perecer, y por tanto nada puede temer del mundo; el mundo quiere hoy cierta suma de libertades que son, preciso es confesarlo, necesarias para el progreso, y la Iglesia no debe ponerse de frente contra esa aspiracion del mundo, y, al contrario, debe secundarla aceptando esas libertades, si quiere seguir dirigiendo las sociedades. El consorcio del catolicismo con la libertad debe ser la grande obra de la Iglesia en este siglo, y de ese consorcio pende el porvenir del mundo.»

Ahora bien: ¿á qué punto llega esa aspiracion del mundo? ¿Qué libertades son esas, y qué entrañan esas libertades sin las cuales no puede vivir el mundo? Aquí la respuesta de los liberales hace inútil la que en vano pediríamos á los católicos liberales, que siempre huyen de darla.

«La aspiracion del mundo, dicen los liberales mas moderados, mas *conservadores*, es la de ser gobernado con su intervencion y con arreglo á ciertas fórmulas que nosotros hemos descubierto; es la de discutir todas las creencias, todas las leyes y todos los principios; es la de que *secularice*, librándole de una tutela que ya no necesita, todo lo que atañe á su educacion y á su vida, encerrándose el sacerdote en la iglesia. Y las libertades que pide para realizar esa aspiracion son la religiosa y la política, con el correctivo de algunas leyes orgánicas.»

«La aspiracion del mundo, dicen los liberales mas avanzados, los revolucionarios francos, es la de gobernarse á sí mismo con los menos intermediarios posibles y por la fórmula mas sencilla; es la de no creer lo que no le acomoda; la de insultar todo lo que no cree; la de destruir todo lo que insulta; es la de concluir de una vez con toda la influencia religiosa, no teniendo para nada en cuenta la existencia de la Iglesia ni las corrientes que excita. Y es claro que esta aspiracion no se realizará hasta tanto que goce plenamente, sin correctivo ninguno, de todas las libertades, que, por otra parte, son inherentes al hombre, y están sobre todas las leyes.»

«La aspiracion del mundo, dicen los liberales que han estremado el principio liberal, que han llegado lógicamente á su última consecuencia; la aspiracion del mundo es la de no ser gobernado; la de vivir en la anarquía; es la de hacer su voluntad en todo y por todo; su voluntad, que es soberana, absoluta, es la de que no haya mas Altar, ni Trono, ni propiedad, ni familia.»

Así nos hablan todos los liberales, y sus obras responden á sus palabras; ademas, los conservadores están completamente de baja, y ya puede decirse que no existen; privan los segundos, preparando el paso para los últimos; y preguntamos: ¿puede haber transaccion ninguna entre el catolicismo y esos partidos? ¿Cómo resiste la ilusion de los católico-liberales á lo que ven y oyen como nosotros? Aquí entra el señalar el objeto á que tienden, como los peligros que voluntariamente arrostran, como la gran importancia que tiene la caida del P. Jacinto en vísperas de la celebracion del Concilio; pero nos es preciso dejar esta segunda parte de nuestro escrito para el número siguiente.

A. J. DE VILDÓSOLA.

LA IGLESIA APOSTÓLICA.

La Sinagoga reconoció á Moisés y Aaron por sus Pontífices y Apóstoles. La Iglesia católica á Jesucristo, que, «enviado por el Padre para anunciar el Evangelio á los pobres de espíritu, sanar á los contritos de corazón (1), y fiel en cumplir la voluntad del mismo que le habia constituido con mas potestad que Moisés, estableció la Iglesia sobre el fundamento inamovible de la fe, y cual Pontífice de nuestra confesion ó Religion que profesamos, mas elevado que Aaron, ofreciose en sacrificio, para conferirnos gracia por la virtud poderosa y eficacia de los sacramentos (2).»

El hombre de frio corazón; el descreído contumaz; el que no sabe ó no quiere ser sensible, ni simplemente ceder á las impresiones soberanas de la fe, al sobrenatural atractivo de la gracia, ni á los brillantes prodigios, auténticos é irrecusables testimonios de la celestial mision que trajo á este mundo el Hombre-Dios, y desempeñó con ejemplar puntualidad, suma perfeccion, dejando instituida la Iglesia, que hasta hoy vienen firme é inalterablemente sosteniendo los sucesores supremos de San Pedro y de los Apóstoles; el crítico, necio de entendimiento y de corazón perverso, que por su obstinada malicia preocupado califica de supersticion, delirio y fanatismo los portentos mas solemnes, apoyos cardinales de la divina Religion, no puede concebir que el Hijo humilde de un pobre carpintero bajase del cielo, enviado por el Padre ingénito para salvar al mundo, erigir la Iglesia de los Santos, dar vida eterna y feliz resurreccion á cuantos entren en su gremio y crean en Él, blasfemando con el judío pérfido y grosero, esclama: *Nonne hic est filius Joseph?* «¿No es este el hijo de José, cuyo padre y madre fueron conocidos en Nazareth? *Quomodo ergo dicit quia de caelo descendit?* ¿Cómo, pues, dice que descendió del cielo (3)?»

Pero ¿qué responde este Dios de Israel, oculto bajo el misterioso velo de la humanidad pasible y mortal? *Nolite murmurare in invicem.* «No murmureis entre vosotros. Nadie puede venir á Mí, si no le atrajese el Padre que me envió (4).» Pues atended, necios. ¿No está escrito en los Profetas: *et erunt docibiles Dei;* y todos serán enseñados de Dios? Entended: ¿Cuándo mas particular y solemnemente ha declarado Dios su voluntad de iluminar y dirigir á los hombres, abismados en las tinieblas de la ignorancia, de la concupiscencia, del pecado y de la muerte, sino cuando se dignó llamarlos por su Hijo Jesucristo á la congregacion de la Iglesia, que vino á fundar para instruir y salvar á todos? ¿No se lisonjearon los hebreos de creer en Dios, de conocer á Dios, de tener por Padre á Dios? *Unum Patrem habemus Deum* (5). Ó eran sus protestas absolutamente falsas, hipócritas, dolosas, ó debieron reconocer á Jesucristo Hijo natural de Dios, escucharle y creerle como á Dios, porque el Padre asombrosa y clásicamente se los declaró, y mandó en las riberas del Jordan y sobre el magnífico Thabor: «Este

es mi Hijo amado, en quien me he complacido. Escuchadle (1).» Y para que en todo tiempo fuesen inescusables, vieron cuantos acompañaban al Bautista la figura de una paloma pura, apacible, hermosa, emblema del Espíritu Santo, que descendió del cielo y sobre la cabeza de Jesucristo descansó. San Pedro despues habla poderosamente de este hecho portentoso, dejándonos perpetuo é infalible testimonio en sus sermones y epístolas.

Ved ya demostrado, bajo la autoridad divina é irrecusable garantía de las verdades indicadas, que Jesucristo fue y es Fundador, Cabeza, primero y principal Apóstol, designado por el Padre (2) para llamar á su nuevo aprisco, instruir, edificar y conferir vida eterna á todos los que *le habia dado el mismo que le envió.*

Pero la Iglesia militante debe permanecer visible é indefectiblemente hasta la consumacion del siglo (3), sin que las potestades infernales ni todas las de la tierra puedan jamás sobresalir contra el testimonio é infalibilidad de su creencia. Jesucristo, cumplida su mision ó supremo apostolado, debía retirarse del mundo y volver al cielo *in ea carne quam assumpserat* (4), para asentarse á la derecha de su Padre. Ya, pues, no puede ser Cabeza visible de la Iglesia, pero deja un Sucesor, un Vicario en la persona de Pedro, confiriéndole el primado de honor y jurisdiccion, é instituyéndole Jefe soberano de los corderos y de las ovejas; esto es, Príncipe de los príncipes, Pastor de los Pastores y de los fieles todos que pertenecen al cuerpo y alma de la Iglesia.

Considerad al pobre Pescador de Galilea ocupando en el mundo el Trono y Pontificado que Jesucristo, Hijo de Dios vivo, le trasfiere; dispuesto á emprender y continuar hasta el martirio la obra mas ardua, el designio mas repugnante á la soberbia feroz, tercas preocupaciones, ruda supersticion, ciega sensualidad y universal corrupcion de las naciones, grosera una, ingrata, pérfida, paganas todas; á acometer una empresa para cuya ejecucion habria sido insuficiente el poderío de los Césares, la ciencia de los mas diestros rabinos, el crédito y autoridad de príncipes distinguidos, de hábiles filósofos, de oradores insignes, de políticos famosos. Simon, hijo de Juan, este hombre ordinario de Betsaida, este artesano humilde, vulgar, despreciable á vista de la prudencia carnal, siempre enemiga de Dios, es el designado á realizar la trasformacion mas asombrosa de los siglos. Aparecerá en el gran teatro del mundo como Apóstol fundador de la Iglesia militante, predicador primero del Evangelio eterno y de su Autor omnipotente, Pontífice y Rey.

Pero ¿dónde están su poder, su autoridad, su sabiduría, su oro, sus armas, su heroismo, sus espertos é inteligentes consejeros, sus bravos conmlitones? ¿Ape- lará á los tesoros inagotables de Creta, á los sabios de Esparta, de Atenas ó de Roma, al ascendiente de la Sinagoga y de sus magnates, á la celebridad de hombres superiores por nombre clásico y alta reputacion? ¿Organizará legiones de guerreros esforzados é invencibles?

Pedro es enviado de Dios, y esto le basta. Para hacer efectivo su apostolado divino, no necesita otro poder que

(1) S. Luc., cap. iv, vers. 18.

(2) S. Pab., epíst. á los heb., cap. iii, versículos 1 y 2.

(3) Evang. de S. Juan, cap. vi, vers. 42.

(4) S. Juan, cap. vi, vers. 44.

(5) S. Juan, cap. viii, vers. 41.

(1) S. Matth., cap. iii, vers. 17. y cap. xvii, vers. 5.

(2) San Juan, cap. vi, vers. 58.

(3) San Matth., cap. xxviii, vers. 18.

(4) San Greg., hom. 9. *In Evang.*

el de Aquel que le ha elegido, otras luces que la fe, otras armas que el Lábaro misterioso, *ubi abscondita est fortitudo*, ni otros guerreros que los once varones apostólicos, llamados como él á la moral conquista del mundo, en inseparable unidad á su Cabeza y Jefe, lo mismo que sarmientos á la vid, rayos al sol, raudales á la fuente (1).

¡Incrédulos! Aquí está la obra de Dios con los caracteres todos de una evidencia ineludible; admiradla. No fue el espíritu humano el que prometió á los Apóstoles una instrucción sobrenatural, un conocimiento infuso de toda verdad dogmática, moral relativa al establecimiento y régimen de la Iglesia evangélica. El mismo Jesucristo, Dios como el Padre, ofrecióles con toda la aseveración, firmeza y eficacia de palabra eterna, al Espíritu Paráclito, enviado por el Padre celestial para consuelo, enseñanza y santificación de los fieles sumisos y obedientes á la Iglesia que fundaba, y propagarian los Apóstoles y sus legítimos sucesores hasta el término de los siglos del tiempo. «Recibireis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y dareis testimonio de mí en Jerusalem y en toda Judea y Samaria, y hasta las estremidades de la tierra (2).»

Realizose en el Cenáculo este pronóstico infalible; *quedan todos repletos del Espíritu Santo*, que les infunde el don de lenguas, los siete de que habla Isaías (3), la inteligencia perfecta de todos los misterios, el poder y gracia de milagros, celestiales luces, valor insuperable, celo activo, prudente y arreglado para instruir y conquistar divina y universalmente á los hombres, congregándolos al gremio y unidad de la nueva Iglesia que erigen y enriquecen con el inmenso caudal de todas las verdades que han recibido de Dios Espíritu Santo. Ya su Maestro soberano les habia anunciado, autorizado y prevenido: «Se me ha participado toda potestad en el cielo y en la tierra (4). Como el Padre me envió, así también yo os envío (5). Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado; y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (6). Mirad que os envío como corderos entre lobos. Guardaos de los hombres (inícuos). Ellos os harán comparecer en sus tribunales, y en sus sinagogas os azotarán. Seréis presentados ante los gobernadores y los príncipes por mi causa, y por mi nombre seréis aborrecidos.»

¿Se acobardan ó amedrentan los Apóstoles á la impresión de estas imponentes prevenciones? Si la realidad debe corresponder á la figura, antes interroguemos: ¿Se asusta ó teme Noé al recibir la orden que le declara Dios, intimándole la construcción del arca, símbolo de la Iglesia militante? En los dictámenes de su razón pudo el reflexivo Patriarca formar este discurso: «El trazo ó modelo que se me prescribe, y á que debo precisamente ajustarme para fabricar el arca, no está en conformidad á las reglas de arquitectura naval ó arte de construir embarcaciones. ¿Cómo, pues, un bajel así dispuesto ha de

producir el efecto de salvar á las personas y animales que quiere Dios preservar del cataclismo? Una caja larga de trescientos codos, lisa, plana por todas sus partes, hasta el asiento ó base, sin condiciones ni estructura para sostenerse y evadir el naufragio, resistiendo victoriosamente el ímpetu de las olas agitadas, ¿ofrecerá asilo seguro, amparo y protección á cuantos vivientes en ella se encierren y refugien?»

Lo crítico, triste y dificultoso de la empresa se representa naturalmente al juicio de Noé con las apariencias todas de una fatal contradicción y ruina inevitable. Pero su fe compite con su obediencia y sumisión; y esperando contra la misma esperanza, se dedica un siglo entero á la obra del arca salvadora, sacrificando los prestigios de su propia razón bajo la más simple, pronta y ciega resignación.

Veamos si en los fundadores primeros de la Iglesia y del cristianismo se realiza perfectamente este símbolo. ¿Qué dudas tan vehementes pudieron asaltar al ánimo de los Apóstoles al considerarse designados para instituir la Iglesia y propagar por todo el mundo el Evangelio! ¡Terrible compromiso! ¡Empresa superior á la capacidad de unos hombres rústicos, ignorantes, sin reputación, sin astucia, sin autoridad, pobres, despreciados, perseguidos! Hombres oscuros, cobardes, tímidos hasta desamparar todos, y negar uno espesa y porfiadamente á su Maestro; ocultos por el grave temor á los mismos magnates y verdugos, á quienes se les prevenía y mandaba presentar con frente intrépida, y enérgicamente impugnar, ¿cómo, cuándo, ni con qué valor salen al gran teatro del mundo pagano, bárbaro, feroz, para representar el papel diestro y heroico de atletas valerosos, declarar constante guerra á sus poderosos, irritados é implacables enemigos, á la maligna envidia, á la ignorancia crasa, á la grosera estupidez, á la contumaz sensualidad, á todos los errores, á los dominantes vicios, y transformar en mundo civilizado, católico, religioso el mundo soez, idólatra, pérfido y supersticioso? Flacos todavía é incapaces, la carne y la sangre producirían estos desalientos en su ánimo. No podrían comprender cómo elementos tan inhábiles, tan nulos, habían de contribuir oportuna y felizmente á la realidad de una obra tan extraordinaria y prodigiosa por su objeto, tan dilatada, porque debía estenderse á todo el orbe; tan pasmosa, por la rápida, triunfal, solemne, completa y permanente conquista que habían de obtener y asegurar, sin otras fuerzas que la debilidad é ineptitud de doce pescadores ordinarios, sin más arte que el de componer y lanzar sus redes, sin otra política, ardid, armas ni bélicos aprestos que el Evangelio y la cruz.

Según el juicio humano, los discípulos de Jesús debían desconfiar, considerando irrealizable una empresa que miran con todas las apariencias de absoluta imposibilidad; y esto con tanta ó más razón que antes habría temido Noé, y previsto como cierto el naufragio de los vivientes racionales é irracionales que ingresasen en una caja formada contra toda regla de arquitectura naval. Engañose, cual pobre hombre, el antiguo Patriarca; y el Espíritu Santo baja visiblemente á desengañar y robustecer á los Apóstoles. Reunidos en el Cenáculo, y orando fervorosamente con su Maestra divina, María, Madre de Dios, descenden sobre ellos lenguas repartidas en forma

(1) Optat. Milevit.: *Contra Parmen.*, cap. ix.

(2) *Hechos de los Apóstoles*, cap. i, vers. 8.

(3) Cap. ii, versículos 1, 2 y 3.

(4) San Mateo, cap. xxviii, vers. 18.

(5) San Juan, cap. xx, vers. 21.

(6) Evangelio de San Mateo, cap. xx, vers. 20.

de fuego, y son repletos del Espíritu Santo (1). Ya aquellos hombres medrosos y pusilánimes respiran un vigor capaz de aterrar á los que poco antes les obligaban á huir. Ya pueden esclamar, inflamados por el soplo simbólico, á cuyo valor omnipotente les comunicó Jesucristo la propia *mision* para establecer y dirigir la Iglesia que habia recibido de su Padre: «Dudamos, porque no está el testimonio de la verdad en los sentidos. Por nuestra miseria, flaqueza é ignorancia éramos lo que éramos. Por la gracia y virtud divina somos ahora lo que somos.»

¿Y qué son? Hombres de orden superior; ángeles veloces, autorizados mensajeros del Dios-Hombre, prontos á salir de su retiro para dar exacto cumplimiento á la universal y ardua *mision* que antes de subir al cielo de viva voz les habia confiado: «Id, enseñad á todas las naciones.» La fuerza de su obediencia y actividad de su celo no sufren dilacion. Puestos ya en movimiento para *predicar en todo el mundo, obrando con ellos el Señor* (2), congrénganse inspirados, á fin de componer los artículos del *Credo*, fundamento inalterable de la Iglesia, segun todos los Padres y Doctores, y el Concilio ecuménico de Trento (3), y sin permitirse tregua, aparecen impávidos, y empiezan por la misma Judea su asombroso apostolado. ¡Con qué fortaleza, constancia y energía reprenden á los hebreos el horrendo deicidio que acaban de perpetrar! Les persuaden que ese Hombre inocente á quien con tan satánico furor, negra perfidia y monstruosa ingratitud han perseguido, calumniado, zaherido, cruelmente azotado, coronado de espinas, cual Rey de farsa, es el verdadero Mesías, el Libertador generoso de Israel, el Rey pacífico y Pontífice inmaculado instituido por el eterno Padre sobre el monte santo de Sion, es decir, de su Iglesia, para anunciar su voluntad, sus preceptos y doctrina como Legislador supremo, Pastor bueno, Jefe y Cabeza única de todas las gentes unidas en un solo cuerpo místico, bajo la profesion solemne de una fe, de unos sacramentos, de un culto, y liturgia por la misma Iglesia sancionada. Claman en aire de reconvenccion y de invectiva contra aquella casta infiel, prava y perversa que, olvidando pérfidamente los inenarrables beneficios que habian recibido de su magnífico y compasivo Bienhechor; despreciando los documentos é instrucciones celestiales que oyeron de aquellos labios, siempre anunciadores de la gracia, de la verdad, de la vida; desconociendo el mérito é infinito valor de los ejemplos eficaces con que les habia edificado; resistiendo al testimonio irrecusable y esplendor todo divino de los milagros y multiplicadas maravillas que confirmaban la extraordinaria *mision* que vino á cumplir para fundar la Iglesia y salvar al linaje humano; oponiéndose, ciegos, temerarios, al poder irresistible de Dios, se rebelaron contra su Cristo, como *violentos becerros, toros furiosos, leones rugientes y rapaces*, segun el Profeta-Rey habia pronosticado (4), le asedian furibundos; un consejo depravado de hombres malignantes le juzga; con intencion envenenada, fiebre ardiente y frenética de ira condenan al suplicio de los infames, á muerte ignominiosa al Médico divino que descendió del cielo para darles salud espiritual y vida

eterna; el discípulo Iscariote le entrega alevosamente; le niega y reniega el que poco antes le protestaba tanto amor; los príncipes de los sacerdotes, ancianos y magistrados del pueblo le prenden como á un ladrón; Anás le pregunta airado, desprecia y se desentiende, remitiéndole á su suegro; Malco, siervo vil, hiere aquel hermoso rostro, espejo de los serafines, con una cruel bofetada; Caifás le trata de blasfemo; Herodes de mentecato; Pilatos le sentencia á morir sobre un leño entre dos facinerosos, por *sedicioso, contrario de la ley, del Senado, del grande Emperador Tiberio César, y porque se fingia Hijo de Dios y Rey de Israel!*

A la virtud poderosa y vehemencia de estos discursos concluyentes y cargos formidables esponen los misioneros evangélicos el juicio mas severo al pueblo hebreo. El Espíritu Santo, que les asiste é informa, dirige su ardiente celo, su palabra aguda, penetrante, cuya eficacia y soberano atractivo hacen ya efectiva al primer ensayo apostólico la verdad que San Márcos historió luego en su Evangelio: «Y ellos (los Apóstoles) salieron de Jerusalem, predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos (y con los oyentes), y comprobando su doctrina con los prodigios que la seguian (1).» Y aun antes de dejar la Ciudad Santa profesan tres mil personas la Religion del Crucificado, y entran en el gremio de la Iglesia naciente. A la fuerza divina de un solo discurso convierte San Pedro cinco mil. El odio, envidia, falsa y perversa política de los mandarines, sacerdotes inicuos y malévolos doctores, se alarma, irrita y enfurece contra los enviados de Dios al ver las felices conquistas y frutos abundantes que produce su viva predicacion. Decretos impetuosos, fulminantes, sanguinarios, proceden del pérfido sanhedrin para intimidarlos é impedir los rápidos progresos de su celo; pero, lejos de arredrarse, continúan su ministerio mas enérgicos y activos. Conculcando vilmente aquellos obcecados déspotas toda regla de equidad, todo principio recto, justo y prudente de gobierno, arrastran á los Apóstoles hasta el consejo y tribunales de la nacion. Sufren injurias, contumelias, terribles amenazas. Se les apercibe, se les prohíbe anunciar el Evangelio; pero respirando aquel valor cristiano, aquella dignidad pacífica y religiosamente inflexible que no entiendo ni puede dar el mundo, pronuncian, con la fortaleza heroica que les habia prometido el mismo que los envia, aquel bravo *Non possumus*, que hasta hoy viene enervando la arrogancia de los potentados injustos é inmorales, toda vez que se atrevieron y osan invadir las inmunidades venerandas del santuario, de su Pontífice y ministros, y estender mano sacrílega hácia el Arca Santa, que no deben tocar Ozas profanos y temerarios.

Animados los evangelizadores de la paz y de la nueva Iglesia que fundan al divino calor de esta máxima eterna: «Antes es obedecer á Dios que á los hombres (2);» mas elevados que todas las furias, persecuciones, tormentos, y que la muerte misma; sin temor á los soberbios mares, rios caudalosos, ardientes arenales, zona glacial, peligros de cualquier género, vuelan con la antorcha brillante de la fe á iluminar al mundo idólatra, desvanecer los negros nubarrones de la supersticion, civilizar al

(1) *Hechos de los Apóstoles*, cap. II, vers. 4.

(2) *Evang. de San Márcos*, cap. XVI, vers. 20.

(3) *Ses. III De Symb.*

(4) *Salmo XXI*, versículos 13 y 14.

(1) *Evang. de S. Márc.*, cap. XVI, vers. 20.

(2) *Hechos de los Apóstoles*, cap. II, vers. 41.

pueblo inculto, y establecer el estandarte glorioso de la Cruz en todo el orbe. Con velocidad pasmosa estienden y plantan el Evangelio en Oriente, Occidente, Asia, Egipto, Siria, Italia. El verdadero Dios es reconocido y adorado en Antioquía, Efeso, Atenas, Corinto, Tesalónica, Alejandría, Roma... *In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum* (1). No fue nuestra España la última que mereció ser alumbrada por el sol de verdad y de justicia. Luego que Santiago el Mayor hizo efectiva su misión, anunciando en Judea y Samaria la fe del Salvador con frutos admirables, vino á esta nación privilegiada, acompañado de sus siete discípulos, que los Apóstoles Pedro y Pablo en Roma habían ordenado Obispos. Con libertad evangélica é invicta perseverancia instruyeron á nuestros padres (y por trascendencia jamás interrumpida á todos, hasta la generación presente) en los misterios adorables de la augusta Religión, de la gracia original y preservativa de María, dejando ya instituida la festividad solemne de su inmaculada Concepción. Fundaron iglesias, dotándolas, y á los fieles, con las gracias especiales y sobrenaturales dones que singularmente para España recibieron de Jesucristo y de María.

Terminada su altísima legación, regresa á Jerusalem el grande Apóstol, pero nos deja á sus discípulos, instituidos Pastores y Maestros, en las ciudades principales, para fomentar la obra portentosa y fatigas evangélicas que hasta el martirio prosiguieron.

Con la celeridad del fuego eléctrico corren los doce Apóstoles, predicando la fe y moral del Redentor é instalando su Iglesia por todas las regiones del globo. En Scitia, Tracia, Epiro, Acaya, San Andrés. Entre los parthos, medos, persas, hircanos, bactros, Santo Tomás. También en Scitia y Hierápolis de Frigia, San Felipe. Santiago el Menor, Obispo de Jerusalem, con sus escritos saludables y eficaz predicación, formó prodigiosamente aquella Iglesia, aumentando el redil de Jesucristo á treinta años de solicitud é instancia cotidiana. Antioquía, Tarso, Seleucia, Chipre y otras provincias recibieron el bautismo y el Evangelio eterno bajo la enseñanza y celo infatigable de San Bernabé. San Bartolomé, en la India citerior, mayor Armenia y otros puntos ahuyentó las tinieblas de la ignorancia y del error, iluminando entendimientos é interesando los corazones á las luces de la fe y máximas cristianas. Después que San Mateo evangelizó prósperamente en Judea, lo practicó en Etiopía, sin desistir hasta el martirio. Le imitó en Egipto San Simón, San Tadeo en Mesopotamia, y ambos en Persia. ¡Cuántas iglesias fundó en Asia y Éfeso San Juan Evangelista! ¿Y quién acertará á examinar los inmensos bienes, las ilustraciones y conquistas gloriosas que produjeron en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia, Bithinia las epístolas famosas de San Pedro? ¿Á qué extremos de la tierra no alcanzaron las instrucciones y fatigas de San Pablo?

Ya nada importa que el sacerdocio idólatra, al mirarse desairado, confuso y temeroso, se empeñe en escitar el fanatismo de los pueblos; que, abatido y desprestigiado el filosofismo astuto, ponga en juego violento todos sus artificios para rehabilitar sus desconcertadas mañas y añejas preocupaciones. Viven todavía los Após-

toles, y viven con el celestial consuelo é íntima seguridad de que la Iglesia militante queda establecida sobre *Piedra firme*, sólida, inamovible; determinados sus dogmas, sus cánones, su disciplina, su gerarquía. Que, á imitación de su Maestro, rubricarán con su sangre la sublime y permanente obra que fundan; pero que antes faltarán el cielo y la tierra que los sucesores celosos de Pedro y de ellos mismos, que, llamados de Dios y asistidos de su Espíritu, gobernarán felizmente, y vindicarán con evangélico valor los derechos é inmunidades de la Iglesia *usque ad consummationem sæculi*.

FR. LUIS GODINEZ.

LA CUESTION DE ARCHIVOS EN ESPAÑA.

ARTÍCULO PRIMERO.

El mal estado de los archivos en nuestra patria venia llamando la atención de las personas aficionadas á los estudios históricos y produciendo reclamaciones, por lo comun infructuosas; mas nadie podia figurarse que una cuestión meramente científica y literaria llegase á tomar un colorido político y tan enormes proporciones, que comprometiera el orden público en varios pueblos, hiciera correr sangre, produjera una conflagración en la corte contra una clase respetabilísima de la sociedad, haciéndola objeto de odio y recriminaciones, ludibrio y sangrientas amenazas. No es mi ánimo tratar esta cuestión bajo su aspecto religioso ni político; ajeno á las luchas de los partidos, dejo á otros el cuidado de mirar la cuestión bajo ese punto de vista. Mi posición me impide también entrar á considerar esa cuestión bajo el punto de vista de sus resultados políticos. Lejos de eso, dejé pasar un mes antes que se publicara esta serie de artículos, cuando salió á luz por primera vez.

Y no solamente no tengo por objeto hacer un artículo de política apasionada contra el gobierno provisional, sino que algunos de los cargos que formule habrán de dirigirse mas bien contra las administraciones anteriores, por el lujo maldito de centralización que han desplegado y por el prurito de adornar á Madrid despojando á las provincias y á los pueblos de sus riquezas artísticas. Es mas: como que este lujo es de importación francesa, presentaré también noticias sobre los funestos resultados que esto ha producido en Francia, donde se ha robado sus libros y papeles á muchas iglesias por espíritu de mercantilismo y especulación, atrayendo no poca odiosidad sobre el cuerpo de archiveros en aquel país; al cual afrentaron por este motivo varios literatos franceses en el primer congreso arqueológico de Amberes.

Lo que sobre estos puntos tengo que decir no puede reducirse á breve espacio, y prefiero valerme para ello de las columnas de una revista.

Ademas, en esta cuestión se ha querido hacer figurar á la Academia de la Historia, escudándose con su nombre para despojar á todas las iglesias mas principales de España de sus archivos, bibliotecas y objetos artísticos, poniéndola así en hostilidad con todo el clero español, al cual aquella corporación debe no pocos favores.

Se han consignado doctrinas en favor de los derechos del Estado, que el cesarismo mas exagerado y la escuela

(1) Salmo XVIII, vers. 5.

absolutista mas centralizadora no rehusarán aceptar, aunque se proclaman á nombre de la libertad.

Posteriormente se quiso suponer por varios periódicos, y principalmente por *El Imparcial*, que esta medida venia preparada por la comision de archivos, bibliotecas y museos, á la cual tuve el honor de pertenecer, y se ha hablado de robos y defraudaciones hechos, en archivos eclesiásticos ó de cierto carácter semireligioso, como los del colegio mayor de Alcalá de Henares y los de la Inquisicion en varios puntos de España, repitiendo el Sr. Zorrilla en el preámbulo nada verídico de su funesto decreto la ya desmentida noticia de la quema de los códices complutenses que sirvieron para la Políglota del Cardenal Cisneros.

Tiempo es ya de decir la verdad sobre este punto, y de vindicar á la Academia de la Historia y á la anterior comision de archivos, bibliotecas y museos.

Tiempo es ya de manifestar que España debe sus principales archivos á la accion benéfica de la Iglesia y del clero.

Tiempo es ya de manifestar cómo se han dilapidado y malversado las riquezas arqueológicas de España atesoradas por el clero, y los funestos resultados que ha tenido su incautacion por el Estado.

Tiempo es ya de manifestar y probar que los archivos eclesiásticos estaban bien guardados, y que en ellos no se robaba nada.

Tiempo es ya de probar que nuestros archivos civiles de Audiencias, provincias, ayuntamientos, y aun muchos de los consejos y ministerios en Madrid, están descuidados y robados, y desarregladísimos, salvo algunas honrosas escepciones; por cuyo motivo exigia el decoro que se arreglase la casa propia antes de meterse á arreglar la ajena.

Tiempo es ya de clamar contra ese maldito afan de centralizacion, que todo lo avasalla, todo lo embrolla, todo lo invade, todo lo amontona, sin respetar nada, despojando de su riqueza á los pueblos, á las provincias y á los establecimientos; que ha hecho ya odiosos algunos de nuestros museos, odioso á Madrid, y hará odiosos á los archivos y al cuerpo de archiveros, bibliotecarios y anticuarios, si esto no se enmienda.

Á la dilucidacion de estos puntos voy á consagrar una serie de artículos, dedicados á tratar del origen de los archivos en España, de lo mucho que el clero trabajó en su arreglo y conservacion. En ellos se probará que los archivos eclesiásticos estaban bien conservados; que los archivos civiles se hallan, por el contrario, con pocas escepciones, en completísimo abandono, que así se le manifestó ya á Felipe V en una esposicion, bien conocida de los que en España se dedican á esta clase de estudios. De paso probaré que el Estado no tiene derecho á apoderarse de ellos; pues yo, que tengo opiniones mas radicales que muchos de esos que á todas horas arrojan libertad por la boca sin quedarles un átomo de ella en el corazon, no reconozco á esa deidad pagana que se llama *Estado* el derecho de apoderarse, sin causa *muy justificada*, ni de un papel insignificante que tenga en su bolsillo un criminal, cuanto menos de los papeles que un honrado ciudadano ó una corporacion tengan en su dominio.

Cuando por primera vez se publicaron estos artícu-

los en la Revista titulada *La Cruzada*, hube de ceder á las escitaciones de sus jóvenes redactores, á las cuales se unieron las de otras varias personas respetables que deseaban ver tratada esta cuestion científicamente, y sin colorido político y de partido: además, un periódico de Lugo, titulado *La Paz*, en su núm. 16 me escitó nominalmente á escribir sobre esta materia en vindicacion de la verdad y del clero español.

Obtúvose con ellos el resultado apetecido, pues no solamente se hizo la luz y pudieron todas las personas de buena fe contestar á los sofismas aducidos contra el supuesto abandono de los archivos eclesiásticos, sino que, con ellos en la mano, hizo el Sr. Vinader recriminaciones y argumentos que no pudo contestar el señor Zorrilla, al tratar de las espoliaciones hechas por él y por anteriores gobiernos, cuando se discutió en el Congreso la acelerada metamorfosis de los decretos revolucionarios del gobierno provisional en leyes formales. A la verdad, para lo que dijo el ministro de Fomento, le hubiera valido mas haber callado.

Algunos de los que leyeron aquella serie de artículos cuando por primera vez se publicó en el mes de febrero de este año, me escitaron á dar estos artículos coleccionados en un libro, mucho mas atendiendo á que sobre esta materia apenas se sabe en España. Pero en el estado en que hoy se encuentra esta, ¿quién publica un libro del que apenas se venderian algunos ejemplares? ¡Ah! pasaron ya aquellos tiempos en que al publicarse una obra de este género se cubria la suscripcion con numerosas listas de personas de la aristocracia, de la magistratura, y aun mas de individuos del clero secular y regular, cuyos nombres ocupaban dos ó tres pliegos al fin del libro. Entonces estos artículos se hubieran podido ampliar mas con algunos otros datos y noticias que se han tenido á la vista, tomados de los pocos que han escrito en España sobre este asunto, como Terreros, Floranes y Porras Huidobro, y sobre todo D. Santiago Riol, cuyo curioso é importante informe sobre el estado de nuestros archivos en tiempo de Felipe V, apenas es conocido, resultando un libro importante y voluminoso.

Mas ya que esto no pueda ser, nos contentaremos con publicarlos nuevamente en esta Revista, aumentándolos con otros datos posteriores y no poco importantes sobre desapariciones de objetos de artes y letras, y sobre la ridícula farsa de la *incautacion de muertos* para el Panteon nacional, apéndice grotesco de la *incautacion de archivos*.

VICENTE DE LA FUENTE.

VIRGINIA,

ó

ROMA EN TIEMPO DE NERON:

novela escrita en francés

POR VILLEFRANCHE,

Y TRADUCIDA POR

D. FRANCISCO MELGAR.

(Continuacion) (1).

Entre tanto el breton procuraba levantarse apoyándose en un codo; pero las fuerzas le faltaban, y desfalle-

(1) Véase nuestro número anterior, pág. 345.

cia gradualmente en la arena, enrojecida con su sangre.

El africano le puso un pie en el hombro, y consultó al público con la mirada, dispuesto á herirle otra vez si tal era el deseo de los espectadores.

Neron, desde su trono, sonreía mirando á sus cortesanos con aire de satisfaccion. Parecía contento del vencido, pero se hubiese guardado mucho de dar personalmente la señal de perdon; el pueblo, tan dócil en todo lo demas, no sufría la participacion de su soberanía cuando se trataba de sus placeres, encontrándose todavía el espíritu republicano en el circo y en el anfiteatro. Afortunadamente para el herido, no era Neron el único satisfecho, conviniendo casi todos en las gradas en que hubiese sido lástima perder un atleta tan bueno, que podia curarse y sostener todavía mas de una brillante lucha.

El africano vió inclinarse de arriba abajo los dedos pulgares de los espectadores, y se apartó negligentemente, mientras sacaban al estenuado gladiador por la puerta *sana vivaria*, reservada para los combatientes perdonados.

Labeon, llevando á su hijo de la mano, siguió los largos corredores colocados debajo de las gradas, hasta que llegó á las habitaciones de los gladiadores. Allí ofreciose á sus miradas una confusa escena. Muchos hombres se frotaban los miembros ó se ejercitaban por última vez antes de presentarse en el fatal recinto; otros, sentados delante de unas mesas, se reían, disputaban, ó se embriagaban con vino, que se les habia suministrado en grande, atendiendo á las circunstancias. Labeon preguntó si el breton vencedor del leon y del tigre habia vuelto, y si estaba muerto ó vivo. Aquel á quien hizo la pregunta le señaló con el dedo un cuarto inmediato, y no se ocupó mas en semejante cosa.

El breton estaba allí, echado en una esquina, jadeando y abandonado; nadie le hacia caso. Marco se acercó y le cogió la mano.

—¡Oh! ¡Cómo sufre, papá! ¡Se va á morir! ¡Sálvale! ¡Mira cómo se desangra, y qué pálido está! ¿No se puede detener esa sangre?

El desdichado exclamó:

—¡Agua! ¡Tengo sed!

Marco se acercó á los gladiadores sentados en las mesas, y obtuvo de ellos un vaso de vino, que llevó al herido, pero que Labeon cambió por otro de agua, pagando generosamente al que se lo habia ofrecido.

El breton, despues de haber bebido, volvió á abrir lánguidamente los ojos, sorprendiéndose, al parecer, al ver que era objeto de una prueba de interes.

—¿Dónde está el médico? preguntó Labeon. ¿No hay médico de servicio? Corred, añadió volviéndose hácia uno de los gladiadores que empezaban á reunirse por curiosidad; os doy trescientos sextercios si antes de diez minutos me traeis un soldado romano.

El hombre volvió con dos soldados, que casualmente pertenecian á la legion catorce, y que reconociendo uno de sus tribunos, se apresuraron á ponerse á sus órdenes. Durante este tiempo, el médico, sabiendo que se hallaba allí un oficial superior, acudió tambien, confundiéndose en excusas y en esplicaciones por su momentánea ausencia.

—Está bien, respondió secamente Labeon; está bien, si le curais; pero si no, ¡ay de vos!

El médico, electrizado por el temor, lavó y fajó la herida en un instante.

—Mañana enviaré á preguntar por él, añadió el tribuno; cierto que estoy acostumbrado á escenas de muerte, pero nunca he visto en el campo de batalla nada tan horrible como la barbarie que hoy han tenido con este valiente.

—Pues qué, papá, ¿vamos á dejarle aquí? preguntó Marco.

—Van á acostarle en una cama, en otro cuarto; ¿qué mas quieres que hagamos?

—Llevárnosle á casa.

—¿A casa?

—Sí; Isaac, que sabe tanto, le cuidará. ¡Dadme este pobre hombre; hacedme este regalo, papá!

—Tienes caprichos muy raros, muchacho; pero, en fin, si te empeñas...

—Papá, ¿ves cómo me mira? Comprende que él y yo somos amigos.

Marco se inclinaba sobre el herido, quien, por su parte, miraba su dulce rostro infantil, primero con indiferencia, despues, de improviso, con un destello de inteligencia y de alegría.

—Me le darás, papá, ¿no es verdad? ¡Anda! ¡Seré tan bueno, y te querré tanto! repetía.

Labeon reflexionaba.

—No depende de mí, dijo al fin. Es necesario que antes vea á ciertas personas... Pero, entre tanto, se le cuidará; no tengas miedo.

El niño tenia la mano del herido entre sus dos manitas. El pobre gladiador no separaba su mirada de la suya; sus facciones contraidas se dulcificaban poco á poco, y una vaga sonrisa se pintaba en sus descoloridos labios; hasta que hizo un esfuerzo, levantó la mano de Marco, y la acercó á su boca, mientras que por sus mejillas rodaban dos gruesas lágrimas.

Labeon pasó tambien, conmovido, una mano por sus ojos, y dejando su hijo encomendado á los dos soldados, fue á buscar á Tigellin, el nuevo ministro de los ejércitos, sucesor de Burrho; pues por ser el breton propiedad del Estado, tenia que entenderse con él. Le encontró entre la servidumbre imperial, y le habló, acallando la repugnancia que le inspiraba. Tigellin ponía dificultades; pero habiéndose vuelto el Emperador, exclamó al ver á Labeon:

—¡Hola! ¿Qué quiere mi Hércules?

—Señor, deseo el esclavo breton que ha matado poco há con tanto valor, al leon y al tigre. Si consentís en ello, esa será mi parte de botin por la última batalla, porque abandoné el campo antes del reparto de los prisioneros.

—Hércules reclama á Hércules; es natural, respondió Neron. Tómale, si es que vale la pena de que se le coja, porque me ha parecido que está ligeramente estropeado, añadió riéndose.

Labeon saludó, y volvió á la habitacion de los gladiadores.

Mandó colocar al herido en su litera, y le envió, escoltado por los dos soldados, á su casa de la ciudad, hácia la cual se encaminó él tambien, á pie, con Marco, que le abrumaba á preguntas.

—Papá, ¿por qué son tan malas las gentes? ¿Les gusta-

ria acaso que se les hiciese lo mismo que á ese pobre hombre? Y eso que, de seguro, no serian tan valientes como él. No quiero volver aquí, papá. Pero ¿qué es lo que les hace tan malos?

—Eso no es maldad, respondió el padre; es costumbre; de algun modo han de divertirse. Los hombres mas célebres y mejores se divierten en el circo y en el anfiteatro lo mismo que los demas. El divino Augusto cenaba en esas gradas para no perder nada de tales espectáculos. Tú mismo tambien te divertirás cuando seas mayor.

—Nunca, papá. ¿Quieres que aprenda á ser cruel?

—Seguramente no, amiguito; pero deseo hacer de ti un soldado, y un soldado debe aprender á soportar la vista de la sangre.

—Sí, papá; me sucederá como á ti; no tendré miedo en una batalla; pero estarme muy tranquilo, como todas esas lindas señoras y esos elegantes caballeros, divirtiéndome con la agonía de los otros, eso no. ¿Te he visto, acaso, divertirme alguna vez haciendo sufrir á un caballo, ni siquiera á una mosca? Mira tú; prefiero lo que me dice mi nodriza: «No hagas á otro lo que no quieras que á ti te hagan.»

—¿No hagas á otro lo que no quieras que á ti te hagan? repitió Labeon pensativo. ¡Qué hermoso es eso! ¿Te dice esas cosas la nodriza?

—Sí; y tambien me ha hecho copiar estas otras palabras: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.»

—Otra sabia sentencia. Guárdala, si quieres, en tu noble corazoncito; pero ya verás, cuando seas mayor, cuántas cosas hay admirables en los libros, y que son absurdas en la vida real. Ya no te llevaré mas al circo hasta que me lo pidas.

La herida del gladiador era profunda; pero el vigor de su juventud, la ciencia de Isaac y el cariño de Marco, triunfaron del peligro. El niño se unió á él por los mismos cuidados que le prodigaba: estaba orgulloso con haber salvado á un hombre; y como el bárbaro no sabia mas que la lengua céltica, y entendia muy poco el latin, le enseñaba este idioma para poder conversar con él.

En cuanto al breton, experimentaba hácia su salvador un sentimiento que mas se parecia á la adoracion que á la gratitud. La gracia y la precoz inteligencia de aquel ser tan pequeño, y que le parecia de una naturaleza superior, habian subyugado su rudeza y su ignorancia. Considerábale como su patrono y su propietario personal, y desde que entró en la convalecencia se le veía á todas las horas del dia espiando los momentos del paseo ó del juego de Marco para acompañarle como un perro fiel, llevarle, en caso de necesidad, en sus anchos hombros, y defenderle contra todos.

(Se continuará.)

CRONICA DEL CONCILIO (1).

II.

No sorprenderá á nuestros lectores la noticia de que *La Correspondencia italiana*, órgano del Sr. Menabrea,

(1) Véase el número anterior, pág. 346.

continúa su campaña contra el Concilio del Vaticano. Aquella publicacion no puede consolarse de la derrota del príncipe de Hohenlohe, y en medio de su dolor, la emprende con el *Memorial Diplomático*, que cometió el crimen inaudito de decir lo que todo el mundo dice y piensa sobre la circular del gran ministro bávaro. «La circular del príncipe Hohenlohe, dice el *Memorial*, se ha convertido en *letra muerta* desde el momento en que las grandes potencias católicas, como Francia y Austria, negaron formalmente su asentimiento á la proposicion del ministro bávaro de convenir en una línea de conducta colectiva, resolviendo, por el contrario, permanecer en una reserva completa en lo que concierne al futuro Concilio. En vano el conde de Bismarck prometió su apoyo á la circular bávara, y coaligarse con los letrados protestantes contra el Concilio. Cualquiera que sea el resultado de las conferencias entabladas entre Baviera, Prusia, Wurtemberg y el gran ducado de Baden, solo producirian una estéril protesta, la cual no tomarian en cuenta ni la corte de Roma, ni los Prelados reunidos, porque no es una coalicion de la Baviera católica con los Estados protestantes de Alemania lo que podria impedir la convocacion del Concilio ni aun entorpecer sus acuerdos.» Todo esto es verdad é indigna á *La Correspondencia italiana*, que procura incesantemente tornar á los gobiernos europeos contra el Concilio, presentándoles esta reunion como destinada á tratar particularmente de política en un sentido contrario á las ideas modernas. En Francia le ha salido al órgano del Sr. Menabrea un auxiliar en *El Norte*, que se lanza tambien sobre el desdichado *Memorial*.

«Nuestro colega, dice *El Norte*, pretende que Pio IX querrá circunscribir las deliberaciones del Concilio al dominio estrictamente dogmático, y alejar cuanto sea posible las discusiones que se rozan con la política. Entendámonos: es evidente que la Santa Sede considera como dogmáticas y religiosas una serie de cuestiones que, segun las ideas hoy generalmente admitidas, pertenecen, por lo menos, tanto, si no mas, al dominio del derecho civil y político. Fijémonos solo en un ejemplo: la cuestion del matrimonio tiene para la mayor parte del clero católico un carácter esencialmente religioso, y como tal de la única competencia de las autoridades religiosas. Si, como es probable, el Concilio condena el matrimonio civil, ¿no habrá en esto una usurpacion bastante á conmover profundamente á los gobiernos de los Estados donde el matrimonio civil forma parte de las instituciones nacionales? Lo mismo sucede respecto de otras cuestiones. Figúrasenos, por lo tanto, que el *Memorial Diplomático* juega con las palabras al pretender que el Concilio solo se ocupará de puntos dogmáticos. Lo contrario resulta de una serie de consideraciones y revelaciones que hemos tenido ocasion de publicar recientemente: nos contentaremos con recordar las noticias de la *Gaceta del Pueblo*, órgano del arzobispado de Colonia y de las decisiones tomadas por el Concilio de Smirna, que es lícito considerar como prólogo del gran Concilio. Si no obstante no bastasen estos indicios para convencer á nuestro colega de lo inexacto de su modo de ver, podríamos citarle una autoridad que haria mal en recusar: la del mismo Sacro Colegio. Hemos reproducido en uno de nuestros últimos números la alocu-

cion dirigida al Papa en nombre del Sacro Colegio por el Cardenal Patrizzi, con motivo del vigésimotercio aniversario del advenimiento de Pio IX al Pontificado. Hé aquí el párrafo mas significativo de este discurso:

«El entusiasmo que el nombre de Pio IX ha despertado en el universo con motivo de su jubileo sacerdotal, ¿no es una prueba de que los designios de Dios sobre él no se han terminado, y que este Dios se dignará prolongar el Pontificado mas allá de los límites ordinarios, á fin de que el Papa, *despues de haber sufrido las vicisitudes del combate, se goce tambien en las dulzuras de la victoria; la victoria que le espera en el Concilio ecuménico?*»

«¿De qué combate y de qué victoria se trata? Es evidente que no puede tratarse aquí de una cuestion puramente dogmática. El combate no fue en este terreno bastante reñido para cantar con tanto entusiasmo victoria. El Cardenal Patrizzi solo podia, pues, aludir á cuestiones políticas ó político-religiosas, si el *Memorial Diplomático* prefiere esta espresion (1).»

No vamos á encargarnos de la defensa del *Memorial*, ni tenemos inconveniente en admitir que *El Norte* y *La Correspondencia italiana* están en lo cierto cuando dicen que «la Santa Sede considera como dogmáticas y religiosas una serie de cuestiones que, segun las ideas hoy generalmente admitidas, pertenecen, por lo menos, tanto, si no mas, al dominio del derecho civil y político.» Pero ¿de quién es la culpa si esto es así? ¿No fue el Estado el usurpador de la Iglesia, y por consiguiente del dominio de la conciencia, cuando intentó dar carácter civil á lo que habia sido hasta aquí considerado con carácter esencialmente religioso? Citemos el matrimonio: ¿deja de ser este un acto religioso y un sacramento porque se le antoje al Estado declarar que puede prescindir del sacramento? ¿Y es acaso verdad que al obrar así el Estado sigue las ideas hoy generalmente admitidas? Si así fuese, ¿se tendria, á pesar de la disminucion de la fe y de la alteracion de las costumbres, en estimacion tan menguada el matrimonio civil, que uno no se cree verdaderamente casado sino despues de recibida la bendicion del sacerdote? ¿En qué, pues, usurpará el Concilio los derechos del Estado anatematizando el matrimonio civil? El Concilio dirá: «El matrimonio civil no es matrimonio; no es mas que un concubinato.» ¿Estarán obligados por esto los partidarios del concubinato á presentarse á la Iglesia, mientras que se sirven del Estado para obligarnos á nosotros los cristianos á soportar una ceremonia completamente inútil y medianamente ridícula? Pero si los anatemas del Concilio son usurpaciones, la Iglesia no podrá decir palabra ni dar paso sin usurpar; ordena respetar el descanso del domingo, usurpacion; comer de vigilia, usurpacion; confesarse, usurpacion; prohíbe robar y matar, usurpacion; porque esta cuestion, por ejemplo, pertenece tanto, por lo menos, si no mas, al dominio del derecho civil y político. Es decir, que esos liberales secuestran toda libertad religiosa, haciendo intervenir continuamente al Estado entre los hombres y su conciencia.

Es de todo punto indudable que el próximo Concilio

tendrá, como el pontificado de Pio IX, un carácter esencialmente político, y aun podemos decir un carácter necesariamente político. Pero ¿por qué? Esto no procederá ciertamente, ni de la voluntad de Pio IX, ni de la de los Padres; procederá de las necesidades mismas de la situacion. En nuestros dias, el Estado penetra donde quiera, lo invade todo, lo reglamenta todo, hasta la conciencia; pero la Iglesia es el guardian nato de la conciencia cristiana, puesto que tiene por mision defender y enseñar los derechos de Dios. Atacados estos derechos por todas partes, debe defenderlos. Como se ven atacados en nombre del Estado, es preciso que los defienda contra el Estado: ella lo hace y lo hará siempre, puede tenerse por indudable, y esta es la razon por qué continuará, como en los tiempos pasados, en lucha con el Estado, mientras que este pretenda usurpar los derechos de Dios y los de la conciencia. Comprendemos, pues, la táctica hábil de *La Correspondencia italiana*; comprendemos, sin aprobarlas, las desconfianzas de los hombres de Estado; pero no que participen de estas desconfianzas los que aman verdaderamente la libertad, porque nosotros no vemos esperanza para ella sin el triunfo de las doctrinas que proclame el Concilio.

Por lo demas, es indudable que á medida que se acerca la inauguracion del Concilio, la impiedad y la herejía se agitan con mas violencia, y bajo este aspecto, hay hechos que pueden regocijar á *La Correspondencia italiana*. *El Observador católico* de Milan acaba de levantar la punta del velo bajo el cual se urdian ciertas intrigas contra el Concilio. «Viendo, dice, que es imposible evitar la reunion de los Obispos, intenta el diablo volver el Concilio contra el Papa. No es fácil empresa; pero, ayudado por los que le sirven, trabaja en ello incesantemente. Por de pronto, la consigna es *silencio*. Deberán permanecer tranquilos y aun mostrarse risueños hasta que el Concilio se halle reunido; pero entonces aparecerán súbitamente las baterías galicanas, liberales y regalistas, y romperán el fuego con todos sus cañones. Confían soterrar el *Syllabus*, ó por lo menos trasformarle de tal modo, que sea enteramente distinto de lo que es. Aspírase á salvar los grandes principios del 89; las tres grandes libertades y los artículos orgánicos, salvacion del mundo. Cuéntase con alcanzar la victoria. Por nuestra parte, añade *El Observador*, no podemos ocultar que la batalla será reñida y aun que su éxito podrá parecer por algun tiempo dudoso. Se han practicado minas de grande estension, y en el cuartel general se practican maniobras de extraordinaria habilidad para engañar y adormecer á los católicos; pero nosotros tenemos completa y tranquila certidumbre de que el triunfo será para el Papa y para los que estén con el Papa.»

De manera alguna dudamos de ello; y en esas sordas conmociones, en esas pérfidas maniobras, vemos peligros, pero peligros que solo servirán para dar mas brillo á la victoria de la Iglesia, y hacer mas completo el triunfo de la verdad.

El diablo, no tememos llamarlo por su nombre, como lo hace *El Observador*, el diablo agítase furiosamente contra el Concilio.

Le vemos obrar en Italia, le hemos visto en Alemania, no está ocioso en España, ni en Francia, ni en Bélgica: noticias recientes nos dicen que empieza á dar que

(1) *El Norte*, citado por *La Correspondencia italiana* de 6 de julio de 1869.

hacer en los Estados-Unidos, en ese país tan célebre por su amor á la libertad religiosa: á la libertad de las falsas religiones, sí, pero á la de la verdadera religion no; y se le verá á medida que el catolicismo adquiriera mas importancia en los Estados-Unidos; ya se ve ahora mismo. Los puritanos de América concedieron libertad á los católicos mientras los consideraron débiles y poco numerosos y pudieron creer que la libertad religiosa acabaría con ellos. Hoy que reconocen la pujante vitalidad del catolicismo, espántanse, y se indignan y esfuerzan para impedir que el Concilio consiga su objeto.

El Herald de Nueva-Yorck decia últimamente (1): «El que ocupa actualmente la cátedra de San Pedro, aunque en edad tan avanzada que exige reposo, se halla de tal manera impresionado por los males de los presentes tiempos, que ha decidido convocar un Concilio ecuménico, como un último remedio al cual no se habia recurrido hace mas de trescientos años. Este Concilio, que debe reunirse en diciembre, llamará la atencion de todos los hombres pensadores del mundo. Con razon ó sin ella, es opinion general que no se ha convocado el Concilio con buen propósito. Admiten que el carácter especial de nuestra época es la razon principal que lo determinó. Sin embargo, hay convencimiento universal de que las disposiciones de los que deben dominar en el Concilio tenderán mas bien á justificar la situacion actual de la Iglesia que á sancionar los cambios que se han verificado al influjo de los modernos agentes, el vapor, la electricidad y la prensa. La libertad de pensamiento es el carácter peculiar de nuestro tiempo, y tenemos poderosas razones para creer que esta libertad será especialmente condenada por el futuro Concilio. Ya hemos dicho á nuestros lectores que el Concilio será un descalabro bajo el punto de vista ecuménico. Los griegos cismáticos, los protestantes y los anglicanos no estarán en él representados. Los mismos gobiernos católicos desaprueban francamente esta reunion, y dícese que Francia se propone retirar sus tropas del territorio pontificio antes del mes de diciembre.»

Se ve que *El Herald* está bastante mal informado, y apenas conoce la Iglesia; pero debe tenerse en cuenta que es el órgano mas importante de la prensa americana, y que, al hablar así, se hace eco de una opinion muy generalmente admitida.

Por lo demas, diremos, á riesgo de contrariar á *La Correspondencia italiana*, que los católicos de los Estados-Unidos están aparejados para la lucha; y en cuanto al Concilio, le esperan con la mayor confianza, y piden con gran fervor por el buen éxito de esta solemne reunion.

Los Obispos americanos se hallarán casi todos en Roma el 8 de diciembre: muchos de ellos se han puesto ya en camino, y otros se disponen á marchar. Las fatigas de un largo viaje y los gastos que se ven obligados á hacer, no les retraen. El Padre Santo ha hablado, y solo saben obedecer. Gran número de sacerdotes americanos acompañan ó seguirán á sus Obispos.

Los sentimientos de los católicos respecto de Pio IX hanse manifestado magníficamente con motivo de la fiesta de 11 de abril. Este día, en Nueva-Orleans, el señor

Layton, hablando á nombre de los fieles ingleses, y dirigiéndose al venerable Arzobispo, se espresaba en estos términos: «Desde el principio de su reinado, nuestro amadísimo Pontífice puso á los Estados-Unidos de América bajo la proteccion especial de la Inmaculada Virgen. Su corazon agradecido sentia ya la necesidad de proclamar como verdad revelada el mas glorioso de los privilegios de la Madre de Dios; el de haber sido concebida sin la mancha original. Antes de la declaracion dogmática de este artículo de fe, puso á la gran república bajo el amparo de la poderosa Reina de cielos y tierra.

»El considerar tanto beneficio prodigado á nuestra patria por el Padre comun de los fieles, es muy á propósito para hacer brotar de nuestros corazones los sentimientos del mas profundo reconocimiento; por eso elevamos en este momento acciones de gracias al Omnipotente que ciñó la triple corona en la frente de nuestro venerable Pontífice; damos gracias á Dios por haber dado á su Iglesia un Jefe cuyo único anhelo es el de ver cumplida esta promesa: *solo habrá un rebaño y un Pastor*. Muy recientemente todavía, su afan paternal quiso abrir la puerta tan ancha como fuese posible á todos los que permanecen separados del rebaño. Llámales con el acento que solo la caridad puede inspirar, convídales á este gran Concilio que debe reunirse en breve bajo los auspicios de la Inmaculada Virgen, en torno de la Silla de San Pedro, centro y fundamento de la unidad católica. Desea que por este medio se lleve á cabo la union general, reciba el sello bajo el influjo del Espíritu Santo, que la fe se reanime, la caridad se fortalezca, y que la paz reine en la tierra. ¡Empresa digna de la cristiandad, espectáculo cuya simple espresion regocija á los ángeles y á los hombres de buena voluntad! ¡Dígnese el Señor continuar derramando su bendicion sobre nuestro venerable Pontífice, y concederle la gracia de conducir á buen fin una de las mas grandes empresas de los tiempos modernos!»

El Sr. Bermudez, hablando á nombre de los fieles franceses, no se espresa con menos entusiasmo.

«Penetrado, dice, de agradecimiento hácia Dios, que reservó á nuestro siglo un Pontífice tan ilustre, saludo con entusiasmo á Pio IX, AL GRAN HOMBRE, AL GRAN MONARCA, AL GRAN PONTÍFICE.

»El hombre que por lo estenso y elevado de sus miras, por la bondad y magnanimidad de su corazon, por la nobleza é inquebrantable firmeza de su carácter, demostró dónde se encuentra la verdadera grandeza del hombre y del cristiano.

»El monarca que sin doblegarse jamás, oponiendo incansablemente á los soldados y á los cañones la inflexible conservacion de sus derechos, recordó á los pueblos que sobre la accion pasajera de la fuerza material está el goce eterno de la justicia.

»El Pontífice que, mas grande que la prosperidad, mas grande que los reveses, grande como la mision sublime que le está confiada, se olvida siempre de sí mismo, para ver solo los intereses de Dios y de la Iglesia.

»El Pontífice que, rechazando toda transaccion con la mentira y la iniquidad, constantemente recordó á los hombres, con la autoridad de su voz inflexible, las verdades que deben profesar, los errores que deben condenar.

(1) Número de 31 de junio de 1869.

»El Pontífice que ilustró su reinado con la definición de un dogma que encanta á todos los corazones, que tan magníficamente estendió el imperio de la Iglesia, y que por un llamamiento solemne, exigido por los tiempos, va á coronar é inmortalizar su gloriosa carrera, reuniendo en derredor suyo los mas grandes poderes espirituales de la tierra, para que mas eficazmente que nunca se reanime en los fieles el espíritu de fe y de amor, las obras de piedad y caridad, y conducir, si es posible, al seno de la Iglesia, á la unidad de su doctrina y disciplina, á sus extraviados hijos, á fin de que la palabra escrita se cumpla: *Et erit unum ovile, et unus pastor* (1).»

La Alemania católica, donde se ve moverse al falso liberalismo, no está menos bien dispuesta. La fiesta de 11 de abril lo ha demostrado. Las gestiones de algunos hombres, de ciertos sacerdotes llamados todavía *ilustrados*, no deben estraviar la opinion sobre las disposiciones de los pueblos. No es verdad que estos abriguen la menor hostilidad contra el Concilio. En cuanto al clero, es harto cierto que alguno de sus miembros se atrevió á escribir varios folletos; pero Pio IX, hablando con un doctor de la Universidad de Münster, el presbítero señor Hulskamp, dijo de ellos: «Yo no los considero como sacerdotes, sino como apóstatas;» y estas palabras subsistirán. En cuanto á los Obispos, sabido es que todos ellos están resueltos á cumplir con su deber.

Con fecha 20 de julio escribian de Roma á un periódico católico (2): «En toda la gerarquía católica solo se hallan hasta hoy doce Obispos que hayan escrito á Pio IX suplicándole les disculpe su ausencia de Roma en el mes de diciembre próximo. Estos doce Obispos alegan todos, ó su edad avanzada, ó sus dolencias; ni uno solo la distancia! Y ¡loado sea Dios! La gloria de nuestra época, tan repugnante por tantos lados, el consuelo de la Iglesia atormentada por tantas tribulaciones, consiste en que apenas haya distancias entre los hombres, y en que marchamos á grandes pasos hácia la realizacion de la promesa evangélica: no habrá mas que un rebaño y un solo Pastor.»

Esta noticia recibida de Roma indica cuáles son los sentimientos del Episcopado católico; estos sentimientos, casi unánimes en el clero, son los de la inmensa mayoría de los fieles; no es esta ocasion de espantarse de algunas tentativas de oposicion y de pérfidas intrigas; es lícita la esperanza, y la oracion debe fortalecerla.

REVISTA DE LA SEMANA.

Decíamos la semana pasada que despues de los sucesos de Barcelona, algunos de los insurrectos se habian salido de la ciudad y habian formado en los pueblos inmediatos una partida que probablemente no tardaria en ser disuelta. No ha sucedido así. La partida á que aludíamos, evitando el encuentro de las tropas que salieron en su persecucion, apoyó el levantamiento de los republicanos de varios pueblos cercanos á la capital del Principado, en algunos de los cuales se proclamó la república.

(1) Véase *El Propagador Católico* de Nueva-Orleans, de 17 de abril de 1869

(2) *Diario de Bruselas*.

ca federal y se formaron juntas que sustituyeran á los ayuntamientos. Verdad es que al llegar las tropas se deshacian estos pronunciamientos; pero los insurrectos, creciendo en número, se trasladaban á otra parte, y, ora en las montañas, ora penetrando en pueblos desprovistos de guarnicion, se han sostenido y se sostienen aun á la hora en que escribimos.

La insurreccion se estendió sin tardanza á las inmediaciones de Monistrol, Olesa, Martorell, Manresa, Tar-rasa, etc. El 29, reunidos los insurrectos en número de mil, segun decia la *Gaceta*, fueron alcanzados en Esparraguera por una de las columnas que habian salido en su persecucion. El diario oficial dice que los insurrectos fueron batidos y puestos en dispersion. Segun otras noticias, los insurrectos de Esparraguera eran en mas número que lo que dice la *Gaceta*, y el resultado del combate no fue todo lo satisfactorio que podia desearse para el órden. Y la prueba es que los insurrectos continúan recorriendo el pais, cortando ferro-carriles y telégrafos por muchas partes, exigiendo dinero á los pueblos, y propagando la insurreccion.

El grueso de las fuerzas rebeldes de los alrededores de Barcelona está capitaneado por el diputado á Cortes D. Adolfo Joarizti. La *Gaceta* del 1.º decia que este habia sido batido entre Olesa y Martorell; pero Joarizti continúa, al parecer, con algunos miles de hombres.

Al levantamiento de los alrededores de Barcelona sucedió el de Sariñena, Barbastro y otros pueblos de la provincia de Huesca. Este movimiento está dirigido por otro diputado de la minoría republicana, D. Froilan Noguero. No ha tenido, ni con mucho, este levantamiento la importancia que el de Cataluña; los insurrectos son en número mucho menor. Segun la *Gaceta*, en Sariñena dió Noguero libertad á cien presos. En Barbastro dice un periódico que los facciosos impusieron á los vecinos una contribucion de ocho mil duros, que cobraron en gran parte.

Tras la insurreccion de la provincia de Huesca ocurrió otra de la misma índole en el campo de Tarragona. Los voluntarios republicanos de Reus, aprovechando la salida de un batallon del regimiento de Luchana, se declararon en rebelion y proclamaron la república. Al saber que se aproximaba á los dos ó tres dias una columna de unos ocho mil hombres, mandada por el general Baldrich, los insurrectos de Reus se salieron de la ciudad dirigiéndose hácia Valls, en donde, segun parte oficial, han quemado los archivos notariales y cometido diez asesinatos.

En Béjar, en el momento de celebrarse el aniversario del triunfo de la revolucion, unos cuantos republicanos se apoderaron del gobernador de la provincia, que asistia á la fiesta, y de alguna otra persona importante, y se los llevaron al palacio que hay cerca de la ciudad. La *Gaceta* atribuyó esta hazaña al ex-carlista Peco, á quien se suponía capitaneando á aquellos republicanos; pero, segun noticias particulares, Peco fue preso, no estando al frente de los republicanos, sino cuando tal vez iba á ponerse al frente de ellos. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que, repuestos de su sorpresa, los voluntarios de la libertad de Béjar rescataron al gobernador de manos de los republicanos, y pusieron á Peco y á otros á disposicion de la autoridad. Hoy parece que aquella ciudad está tranquila.

En Orense se levantaron días atrás los republicanos, y se apoderaron del gobernador y otros funcionarios. El secretario del gobierno quiso rescatar á su jefe, y él y un teniente del ejército se pusieron al frente de algunas fuerzas para acometer á los republicanos, pero con tan mala suerte, que el teniente murió á los primeros tiros, fueron heridos algunos soldados, y no se rescató al gobernador. Los insurrectos salieron de la ciudad llevándose á los presos que tenían, y se supone que están próximos á entrar en Portugal, perseguidos de cerca por una columna de unos trescientos hombres, al mando de un brigadier.

En Murcia se proclamó también la república, saliendo los insurrectos al campo en número de cuatrocientos á quinientos, según unos, de ochocientos á mil según otros. Dice la *Gaceta* que fueron alcanzados por una columna que salió en su persecución, la cual dispersó á los rebeldes y les hizo dos prisioneros. Los restos de la facción dice el mismo diario oficial que están muy desalentados, y muchos han pedido indulto.

En las cercanías de Tortosa existe otra partida, á cuya cabeza va un alcalde tratando de sublevar los pueblos inmediatos.

En Granada hay otra partida, y dos ó tres en la provincia de Cádiz, una de ellas mandada por Salvoechea, y otra por el diputado Paul.

La insurrección está causando en todas partes grandes daños en los ferro-carriles y telégrafos, hasta el punto de que Madrid se ha encontrado en algunos momentos sin comunicación alguna con la mayor parte de las provincias de España. Si es cierto lo que se dice de Valls y de otros puntos, los insurrectos se portan de una manera bárbara, que dejará terribles recuerdos. En muchos puntos se dice que los insurrectos se han apoderado de los fondos públicos y han impuesto contribuciones á los particulares, obligándoles á pagarlas con amenazas.

Es indudable que los republicanos han tratado de hacer un levantamiento general en todas las provincias de España, y con ese objeto parece que salieron de Madrid algunos diputados en diversas direcciones; pero también es de creer que, si bien en los pactos federales se había previsto un levantamiento para un día no lejano, este día no hubiera llegado tan pronto á no ser por los acontecimientos de Tarragona y Barcelona.

Como los partidos liberales no se paran en pelillos para infamarse, no es extraño que haya quien atribuya la insurrección republicana á móviles antipatrióticos. Los periódicos ministeriales se permiten ciertas reticencias respecto á las relaciones de algunos republicanos con los cubanos.

De todos modos, aunque no es pequeño el número de insurrectos que reúnen los campos en diferentes provincias, y especialmente en Cataluña, y aunque en Andalucía la revolución tiene grandes elementos y las ideas socialistas han ganado mucho terreno, por ahora no parece fácil su triunfo. Sin embargo, ¿quién sabe lo que puede ocurrir? Por de pronto, el gobierno recibe un gran golpe, y el país una gran lección. Porque sería muy míope el que quisiera atribuir solo al partido republicano lo que hoy está pasando en España. No: la insurrección de hoy no es otra cosa que una consecuencia más de las que inevitablemente sacan los revolucionarios de

sus mismos principios. Hace mucho tiempo que se ha dicho que el liberalismo conduce al socialismo.

* * *

A raíz de los sucesos de Barcelona, y con ocasión de la última circular del Sr. Sagasta sobre reuniones y asociaciones, los diputados republicanos que había en Madrid algunos días antes de abrirse las Cortes, se reunieron para tratar de cuál debía ser su conducta en vista de la del gobierno; y después de deliberar, acordaron protestar públicamente, y anunciar una acusación contra el gobierno.

Los cargos que en la protesta se hacen á este son terribles, están presentados con mucha habilidad y con cierta templanza, y desde el punto de vista revolucionario las acusaciones no carecen de razón. La minoría republicana acusa al gobierno de conspirador y rebelde contra la Constitución; recuerda la publicación de la ley de 17 de abril, la orden del general Prim para fusilar en el acto á los *malhechores* cogidos con las armas en la mano, los fusilamientos de Montealegre, hechos en consecuencia de esa orden, y por último habla especialmente de las circulares de Sagasta en contra de los derechos individuales, y sobre todo de la última. Los diputados republicanos condenan el asesinato de Tarragona, y censuran duramente el que el gobierno trate de hacer cómplice en el mismo á todo el partido republicano; y para demostrarle que no tiene derecho á ello, y que ese género de imputaciones es peligroso, recuerda la minoría republicana otros hechos análogos al asesinato del gobernador de Tarragona. Merece copiarse el párrafo de la protesta en que se habla de esto. Dice así:

«Es una alevosía insultar así desde las regiones del poder, que deben ser serenas, en la *Gaceta* oficial, sostenida por todos los ciudadanos, con diatribas calumniosas, á partidos que forman una gran porción del país. Si nosotros quisiéramos usar de represalias; si nosotros buscáramos en la historia sangre que arrojar á nuestros calumniadores, el corazón de Bassa, mordido por sus sacrificadores; los nombres de Canterac y de San Just; las sombras de los célebres asesinos de la calle de la Luna, bastarían para decir á partidos que tienen esas negras páginas en su historia, cuánto arriesgan al querer arrojar imputaciones infundadas sobre un partido que no tiene ningún remordimiento por un crimen cuya perpetración solo ha encontrado un grito formidable de reprobación en su clara é inflexible conciencia.

»Pero lo cierto es que, fundado en un crimen á cuya severa represión somos los primeros en invitarle, porque es lo único á que tiene derecho, el gobierno, por deshonrar y oprimir al partido republicano, ha escrito la circular publicada en la *Gaceta* del 26 de setiembre, y contra la cual protesta unánimemente toda la minoría republicana, por considerarla un atentado á los derechos individuales, que están sobre todos los poderes.»

La protesta termina así:

«La minoría republicana sería cómplice de estas maquinaciones si por más tiempo callase. No considera, no puede considerar legítima ninguna determinación que se tome en el silencio de la opinión y entre las ruinas de los derechos individuales. Su primer impulso sería escri-

bir esta protesta contra la rebelde circular del ministro de la Gobernacion, y aguardar los decretos de la justicia universal, que tarde ó temprano castiga á los poderes soberbios. Pero, deseando dar una última prueba de su prudencia, ya agotada, se presentará en la Asamblea con el acta de acusacion en la mano.

»Y si esta acusacion no se admite; si las Cortes consienten que los derechos individuales sean violados; la Constitucion desconocida; la libertad ahogada; el poder convertido en arbitrariedad insensata; los ministros dueños de legislar á su antojo; los gobernadores árbitros de nuestras facultades mas preciosas; el municipio una agencia del poder, la minoría republicana se retirará de la Asamblea, y, entregándose á un retraimiento aconsejado por su dignidad, comenzará una época de asfixia para los nuevos poderes, que parecen haber absorbido por sus poros todos los errores que mataron á los antiguos, y se cumplirán así, tal vez mas pronto, las eternas leyes del progreso, contra las cuales nada pueden esos gobiernos que, olvidados de su origen y creyéndose irresponsables, desconocen todos los derechos; porque si no encuentran el merecido castigo en la justicia y en la ley, lo encuentran, tarde ó temprano, en el tribunal último, á que nunca apelan en vano los oprimidos: en el tribunal de las revoluciones.»

* * *

Reunidas las Cortes el dia 1.º del corriente, como estaba anunciado, la primera sesion no tuvo mas importancia que la que le dió un pequeño incidente promovido por el Sr. Figueras, el cual anunció que la minoría republicana, segun lo habia dicho públicamente, pensaba presentar una acusacion contra el gobierno, y que al efecto necesitaba tener á la vista ciertos documentos. Con este motivo se habló de la conducta de los republicanos, y el ministro de la Gobernacion leyó varias proclamas del comité republicano de Barcelona escitando á la rebellion, y, entre otras, una dirigida á los soldados, á los cuales ofrece la república federal la licencia absoluta para el dia de su triunfo. Dijo que estos documentos estaban firmados, entre otros señores, por el diputado republicano Sr. Salvany, que estaba presente; mas este dijo que no era cierto que los hubiera firmado, entre otras razones, porque no estaba en Barcelona cuando se publicaron.

En cambio, los republicanos leyeron dos bandos del capitán general de Cataluña, uno de ellos destituyendo al ayuntamiento de Barcelona, y otro suprimiendo dos periódicos republicanos, cosa abiertamente opuesta á la Constitucion, y con lo cual se demuestra una vez mas el aprecio que hacen los gobiernos liberales de los llamados pomposamente *Códigos fundamentales*.

El segundo dia de sesion empezaron nuevamente á hacer el gasto los republicanos. El Sr. Figueras dijo que los diputados de la minoría republicana no entrarían en el salon hasta que se decidiese si se admitía ó no la acusacion que pensaban presentar, y á esto contestó el señor Rivero lo mismo que en otro tiempo decían los unionistas y moderados; á saber: «que no porque se retrajeran algunos diputados, dejaria de ser la Cámara la representación del pais.»

Pero lo mas notable de la sesion del dia 2 fue que el gobierno presentó un proyecto de ley pidiendo la sus-

pension de las garantías constitucionales, y autorizacion para declarar en estado de guerra todas las provincias que estimase conveniente. Como asunto urgente, se nombró en seguida la comision que habia de dar dictámen, la cual lo dió favorable en la misma tarde, y al dia siguiente, á pesar de ser festivo, hubo sesion. Con tal motivo, los diputados de la minoría republicana ocuparon sus asientos, y resolvieron tomar parte en la discusion del proyecto. Tomáronla, en efecto, el domingo los señores Castelar, Orense y Pi y Margall, combatiendo la suspension de las garantías constitucionales, y con tal motivo, discutiose, como acontece en tales casos, acerca de la política general del gobierno y de la conducta de los republicanos. Pronunciáronse por una y otra parte muchos discursos, y seguramente la discusion hubiera terminado aquel dia; pero se necesitan para votar leyes la mitad mas uno del número total de diputados, y, deducidos los republicanos, no habia asistido aquel dia ese número.

Al dia siguiente continuó la discusion, pero no se llegó á la votacion por la misma razon que el dia anterior. Sin embargo, á fuerza de despachos telegráficos enviados á los diputados que están en provincias, se espera que hoy habrá bastantes diputados para aprobar el proyecto. ¡Quién hubiera dicho hace un año á los héroes de la revolucion de setiembre que al cabo de aquel tiempo habian de emplear contra otros revolucionarios las mismas armas cuyo empleo tantas veces condenaron ellos! ¡Quién habia de decir á los neo-demócratas que á los pocos meses de promulgada su Constitucion democrática, los famosos derechos individuales, esos derechos naturales, y que, segun ellos, nadie puede coartar, habian de quedar en suspenso! La suspension de garantías es un paso mas en el descrédito de los actuales gobernantes: Sin embargo, mientras lo sean, ¿qué podemos prometernos de ellos sin garantías individuales, cuando, vigentes estas, no han servido de estorbo para dictar la famosa orden del general Prim contra los malhechores?

Todo gobierno usurpador es débil, y tiene que ser cruel.

* * *

En las actuales circunstancias ha perdido mucho de su importancia un hecho ocurrido durante la última semana. Tal es la presentacion oficial de la candidatura del duque de Génova, sobrino de Víctor Manuel, para el Trono de España. Cuando menos quizás se esperaba, el gobierno, reunido en Consejo, acordó presentar á las Cortes la candidatura de aquel jóven de quince años, y, en efecto, convocó á los hombres mas importantes de las diferentes fracciones monárquico-liberales, y les comunicó su plan. Gran polvareda se promovió, especialmente entre la Union Liberal. Algunos se mostraban dispuestos á transigir; pero otros, la mayor parte, se negaban resueltamente á votar al jóven duque. Los progresistas y demócratas recibieron, al parecer, mejor la candidatura; mas luego, sobre todo entre los primeros, se han notado síntomas de divergencia de opiniones. Por fin se acordó que nombrase cada fraccion varios representantes, que, reunidos, trataran del asunto y vieran si habia medio de llegar á un acuerdo. Tan pronto como se puso el negocio en manos de una comision, se vió en esto un aplazamiento; y, en efecto, sea porque se ha comprendi-

do que la desventurada candidatura del duque de Génova, ó sea el niño Tomás, no tenia muchos entusiastas, sea por haber arreciado la insurreccion, ó por las dos cosas, hoy puede decirse que la cuestion de monarca está abandonada. Por esto no entramos en detalles que han perdido todo interes por hoy.

* * *

Los sucesos de la Península han hecho que la atencion general se distraiga un poco de la isla de Cuba; pero todo el mundo recuerda con dolor la situacion de nuestros hermanos en aquella Antilla. ¡Qué consuelo va á prestarles la noticia del levantamiento republicano!

Los pormenores del combate de las Tunas, entre cuatrocientos soldados españoles y una fuerza doce veces mayor de rebeldes, son verdaderamente conmovedores; pero, ¿de qué sirve tanta heroicidad por parte de nuestras tropas y de los voluntarios de aquella Isla, si aquí se hace todo lo posible para perderla?

Pero si no se mandan á Cuba los refuerzos que son necesarios, al menos el ministro de Ultramar no se descuida en colmar de libertades á aquella Isla. Últimamente acaba de enviarle la de cultos. En los momentos en que es mas precisa la unidad en todo, se busca la desunion en las conciencias; en los momentos en que mas influencia tiene el recuerdo de las tradiciones y las glorias, el gobierno español borra de una plumada la gloria mas pura de nuestra dominacion en América. Allí entramos, civilizamos y gobernamos llevando por delante el estandarte de la Cruz; hoy se arranca de manos de los españoles esa santa enseña, y se contesta al grito de ¡independencia! con el de ¡libertad de cultos!

¿No es verdad que parece que nos hemos propuesto añadir á nuestras desgracias el ludibrio de todas las naciones y de todos los hombres que no hayan perdido el sentido comun?

CORRESPONDENCIA ESTRANJERA.

PARIS 3 de octubre.

La colonia carlista de esta capital vuelve á estar muy animada estos dias, y son muchos los personajes que pasan por aquí, tomando el camino de Lóndres y de Ginebra, y haciendo de Paris un punto intermedio para sus viajes á esas dos ciudades. ¿Qué sucede? Algo podria decirles, porque mucho refleja la fisonomía de esos personajes; pero es preferible dejar que las cosas sigan su curso, y sobre todo creo que es preferible guardar silencio, por mas que el regocijo desborde en el corazon, á causa de noticias que pueden poner en guardia á la gente *non sancta*. Una cosa sí diré á Vds. que es importante, pública, y que conviene se conozca entre Vds.

Por uno de esos errores que son frecuentes y se esplican muy bien en los extranjeros, habian llegado á creer aquí, despues de los sucesos de julio y agosto últimos, que la causa de la Religion, de la patria y del Rey, es decir, la causa carlista, habia sufrido un golpe rudo, del cual tardaria mucho en reponerse; y como se pensaba tambien en que la situacion de España exige imperiosamente una solucion radical é inmediata, de aquí que se volvieran los ojos, como un hecho realizable y

próximo, al Trono de Montpensier ó de Coburgo, de D. Alfonso ó de Tomás de Génova. Este juicio se ha rectificado ya en casi todos los que le habian formado. Se han mirado mejor las cosas; se han seguido con atencion los sucesos de la Península; se ha visto que era tan imposible el Trono de D. Alfonso como el de D. Tomás; el de Montpensier como el de Coburgo; se ha buscado y encontrado la esplicacion de los sucesos de julio y agosto; se ha sabido lo que debia esperarse de ánimo varonil del animoso Carlos VII; y en resumen, hoy mas aun que hace tres meses, se ha visto que solo Carlos VII puede llevar á España la solucion que tanto apremia, y sin la cual España desaparecerá del número de las naciones civilizadas.

Esto, como Vds. comprenderán, nada tiene que ver con la animacion y el regocijo que se advierte en los carlistas; pero Vds. conocerán tambien hasta qué punto puede serles favorable mañana, sabiendo que hay aquí un esceso de capitales para los que se busca y no se encuentra colocacion.

Viniendo despues de esto á las noticias del dia, como política solo hallo una que preocupa un tanto la atencion y la distrae de la de los asesinatos de Pantin y de la triste caida del P. Jacinto.

El Rey de Prusia iba á tragarse, con el *sans façon* que acostumbra, el gran ducado de Baden; tenia ya puesta la mano sobre la presa y abiertas las fauces, cuando se le ha visto de pronto retirar la mano y cerrar la boca. Sin mas, los políticos se han echado á descubrir la causa de esos movimientos insólitos en persona de tan grande y buen apetito como Federico Guillermo, y unos han supuesto que en el momento de la manducacion habia recibido de Francia una nota que no era una copa de ajeno para abrirle el apetito, sino, al contrario, una cucharada de rejalar para quitárselo, y otros que las entrevistas de Beust y Metternich en Strasburgo, y el viaje del último á Paris, le habian producido una indigestion anticipada. Pero como el Rey de Prusia no es uno de esos gastrónomos que saben contenerse, y tiene bien probada la resistencia de su estómago y la actividad de sus fuerzas digestivas, témese vuelva sobre su resolucion, y en un instante se apodere del manjar, y se lo trague como se tragó el ducado de Nassau, el reino de Hannover y otras frioleras. De aquí, pues, cierta preocupacion, cierto temor, que, en efecto, parecen justificados, porque, despues de todo, es lo cierto que la paz que á tanta costa se está manteniendo desde 1866 entre Francia y Prusia, se ha de romper por ahí el dia menos pensado.

Profunda tristeza siento al hablar, aun cuando solo sea de paso, del P. Jacinto. Su caida, si no definitiva, porque todo puede esperarse de la misericordia divina, parece completa. A las quejas, por cierto harto suaves, que públicamente le dirigiera su amigo el Sr. Obispo de Orleans, ha respondido, públicamente tambien, en un tono harto decidido para que se dude del punto á que ha llegado. El hombre ciertamente inspira profunda compasion, y se debe orar con fervor por que salga de una situacion cuyo vacío, tristezas y peligros ha de sentir muy luego, no solo en los sentimientos católicos que aun guarda en su pecho, sino en los de soberbia que hoy le dominan por completo; pero, por lo demas, casi hay que congratularse de un suceso que da un golpe de muerte

á esa triste escuela católico-liberal que tanto daño causaba aquí pura y simplemente por el nombre de los hombres que en ella figuran, pues que sus doctrinas nada son, nada valen, y solo representan una transacción irrealizable y absurda.

El crimen de Pantin llena todavía con sus detalles las columnas de todos los periódicos, lo mismo los noticieros que los políticos; y la verdad es que horroriza y asombra, y que ha venido también á demostrar el valor de ciertas teorías muy preconizadas.

Toda una familia numerosa, padre, madre, seis hijos de todas edades, es asesinada con una habilidad infernal y con una crueldad refinada. Esa familia de artesanos, que á fuerza de buena conducta, de economía, de trabajo, habia logrado adquirir una posición holgada, en el momento en que empezaba á gozar del fruto de su sudor y de sus privaciones, hallándose tiernamente unida, cae bajo los golpes del asesino, desaparece por completo, y hasta su fortuna queda desquiciada. El asesino todo lo ha previsto y calculado, como amigo íntimo que era de ella, como conocedor de todos sus proyectos, y como hombre muy acostumbrado á leer novelas y folletines de periódicos. Sabe que el padre quiere establecerse en Alsacia, y le asesina allí, ó en Paris, después de haberle cogido ó falsificado un poder, después de que hubiera logrado que la mujer realizase su fortuna. El hijo mayor cae en seguida bajo sus golpes, y allí, donde le entierra, marca el sitio en que ha de herir á la madre y á los niños menores, á quienes con falsas noticias saca de Roubaix y hace venir á Paris.

Seis nuevas víctimas no sacian su sed de sangre, y se diría, al contrario, que aquella sangre, doblemente inocente, le complace más que la otra, pues que la saca toda á fuerza de puñaladas. ¿Qué falta? Deshonrar á las víctimas, y huir de las manos de la justicia: todo lo ha combinado para que el padre y el hijo mayor sean acusados del asesinato del resto de su familia, y todo lo ha previsto para que pueda salir libremente de Francia y gozar en América de la fortuna robada: para él, el asesinato de ocho personas no es sino un *negocio*, y como negocio lo trata en sus cartas á su padre. Pero ha contado sin la Justicia divina, que se sirve de *muchas casualidades* para entregar al asesino, para hacer que él mismo se entregue, y eso es lo que sucede con el asesino Traupmann, cuyo crimen ya está puesto en claro, y que se halla bajo la acción de la justicia.

Mas ¿qué se ve aquí respecto de esa instrucción que tanto se recomienda para que se moralicen los pueblos? La instrucción que ciertos partidos preconizan es precisamente la que tiene Traupmann, la única que puede inspirar la idea y poner en ejecución un crimen tan horrible como el de Pantin, como se ve también por los resultados que arroja la estadística criminal. Y en cuanto á la pena de muerte, cuya abolición se pide con tanta ansia, véngase hoy á Paris, tómese el pulso á este pueblo, y se verá lo que sucedería si supiese que el asesino Traupmann no habia de purgar su crimen en el cadalso. Así, todo se une hoy en la marcha política y social de los pueblos para justificar el apotegma de Tácito: «Hé ahí los resultados del cambio de las costumbres y del olvido de las tradiciones.»

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION Á LA REVISTA «ALTAR Y TRONO.»

Madrid. En su Administracion, calle del Carbon, núm. 4, cuarto tercero; en la imprenta de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6, y en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado Hermanos, Lopez, etc.

Provincias. Por medio de los comisionados de la REVISTA, que lo son también de *La Esperanza*, ó dirigiéndose á D. Antonio Perez Dubrull, Administrador y editor de la REVISTA, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro, ó en sellos de franqueo si aquello es absolutamente imposible; pero certificando las cartas en que vengan estos, para evitar extravíos.

Ultramar y extranjero. En los puntos siguientes: *Paris*, M. Brachet, rue de l'Abbaye, 8; *Agencia franco-española* de don C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout, y en la *Librería Española*, casa de Mad. C. Denné Schmitz, rue Favart, n.º 2.—*Bayona*, M. Lasserre, rue Orbe, núm. 20.—*Habana*, Sres. M. Lopez y Compañía, D. Ricardo B. Caballero y Compañía, D. José María Abraido, calle del Obispo, D. Andrés Graupera, y D. Benito G. Tánago, calle de la Habana, 126.—*Matanzas*, Sres. Sanchez y Compañía.—*Puerto-Príncipe*, don Carlos Tejeiro.—*Remedios*, D. Santiago Sauri.—*Santiago de Cuba*, D. Juan Perez Dubrull.—*Puerto-Rico*, Sra. Viuda de Gonzalez, y D. Pascasio P. Sancerrit.—*Mayagüez*, D. José Miret.—*Ponce*, D. Manuel Lopez.—*Méjico*, Sres. Buxó y Compañía, Portales del Aguila de Oro, y D. Isidoro Devanes.—*Veracruz*, D. Juan Carredano.—*Puebla de los Angeles*, D. Narciso Bassols.—*Mérida*, D. Rodolfo Canton.—*Guatemala-Tampico*, Sres. Gutierrez y Vitory.—*Nueva-York*, en la redaccion de *El Cronista*.—*La Guaira*, Sres. Salas y Montemayor.—*Guatemala*, D. Ricardo Escardille.—*Caracas*, D. Cornelio Perozo.—*Cartagena de Indias*, D. Joaquin Velez.—*Bogotá*, Sres. Medina Hermanos.—*Lima*, D. Benito Gil.—*Buenos-Aires*, D. Federico Real y Prado.—*Montevideo*, Sres. D. Gregorio Ibarra y hermano, y D. Hipólito Real y Prado.—*Guayaquil*, A. Lamotta.—*Vaiparaiso* (Chile), D. Nicasio Ezquerria y D. Orestes L. Tornero.—*Santiago de Chile*, D. A. Raymond.—*Manila*, D. Francisco de Marcaida, Sres. Ramirez y Giraudier, D. Quintin Zalvidea (Santa Cruz), y D. Estéban Plana.

La Revista se publica los dias 5, 13, 20 y 28 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICION.

| EN LA ADMINISTRACION Ó EN LA IMPRENTA DE "LA ESPERANZA." | Madrid y provincias. | Ultramar y extranjero. | POR MEDIO DE LOS LIBREROS Y COMISIONADOS. | Madrid y provincias. | Ultramar y extranjero. |
|--|----------------------|------------------------|---|----------------------|------------------------|
| Por un año..... | 50 rs. | 5 pfs. | Por un año..... | 60 rs. | 6 pfs. |
| Por un semestre..... | 25 » | 3 » | Por un semestre..... | 30 » | 3 ½ » |
| Por un trimestre..... | 13 » | » » | Por un trimestre..... | 16 » | » » |

En Madrid podrá hacer la suscripción, el que así lo prefiera, por medio de los repartidores, á razon de 5 rs. al mes.

REGALO.

Á todo el que se suscriba á la REVISTA abonando el importe de un año, se le regalarán en el acto tres retratos en tarjeta perfectamente fotografiados: uno de busto y otro de cuerpo entero y traje militar del Sr. D. Carlos de Borbon, y otro de busto de su augusta esposa doña Margarita.

El que por tener ya los espresados retratos prefiera una de las dos obras siguientes, elegirá la que guste: *Vidas de los Mártires del Japon y de San Miguel de los Santos*, con seis bonitas láminas litografiadas. Además contiene una detallada reseña del acto de la canonización, y un extracto biográfico de los Prelados españoles que asistieron á aquel grandioso acto.—Consta de 272 páginas de impresión esmerada y correcta. *Diario Cristiano*, recopilado por el Dr. D. Miguel Martinez y Sanz.—Contiene el martirologio de cada día, y la vida de algunos de los Santos que figuran en él, ó bien la explicación del misterio que en aquel día celebra la Iglesia.—Consta de 440 páginas de impresión compacta y esmerada.

Á los señores corresponsales y libreros, tanto de España como del extranjero y Ultramar, que reúnan cinco ó más suscripciones, enviará gratis la REVISTA. De igual beneficio participarán también los particulares que reúnan el mismo número de suscritores.